

# María Elena Oliva Gómez

---

PREMIO TOMÁS BELZUNEGUI 2012.

PRIMER PREMIO MODALIDAD SENIOR

## Modalidad literaria senior

---

**Título: UNA PUERTA EN LA PARED**

Pseudónimo: SOTILEZA

# Una puerta en la pared

---

Estaba deseando que todos se fueran de una vez. Cuando vienen a comer, de tarde en tarde, me siento acompañada y, los ratos que los niños me dibujan garabatos y juegan conmigo, me ilusiona bastante. Mis pobres hijos hacen un enorme esfuerzo por venir a visitarme con cierta frecuencia, aunque cada vez requiere más esfuerzo por su parte, porque los niños tienen más obligaciones dentro y fuera del colegio, a medida que van creciendo. Tener hijos ahora, en este momento en que todo se derrumba, te cambia la vida rotundamente. Antaño teníamos cuidadoras o abuelas o familiares que se encargaban de la prole mientras la mamá conseguía un segundo sueldo para pagar la hipoteca del piso o el último coche grande para que entre toda la prole. Ahora todo es distinto; los hijos son los mismos, pero los apuros económicos mayores y la estabilidad en el trabajo es inexistente. Menos sueldos y más horas fuera de casa, procurando poner buena cara cuando tu jefe decide que hoy se sale más tarde.

Con la marcha de mi última hija, la casa se ha quedado demasiado grande para mí sola. Mis años no pasan en balde y, recorrer el largo y estrecho pasillo para llegar a la cocina me acarrea un enorme esfuerzo. Mi vitalidad, a prueba desde hace años, se va amansando tranquilamente. Si, es cierto, me hago mayor y no quiero reconocerlo. Todavía guardo algo de frescura en mis ojos. Mi melena blanca, rizada, me da un cierto aire juvenil retro. De más joven siempre comentaba con mis amigas que cuando fuera mayor llevaría sombrero y bastón. Ahora cuando salgo a la calle, me pongo un sombrero negro de fieltro de ala ancha, que contrasta alegremente con el blanco de mi pelo. Además del bastón, con su mango repujado de plata que me regaló mi abuela hace mil años. Es una reliquia muy apreciada para mí.

Mi mayor atractivo nocturno está en la pared, frente a mi cama. Su color es azul oscuro. Lleva bastante tiempo pintada, pero le hemos dado un

buen trato. Se nota que era dormitorio de matrimonio. De ella cuelgan unos viejos grabados del Santander de principios del siglo XX. Representan las playas del Sardinero con los carromatos que la familia real utilizaba para bañarse; el palacio de la Magdalena, regalo de los devotos santanderinos al lujurioso rey Alfonso XIII; la plaza de las Farolas con el tranvía que llevaba al Sardinero; la calle del Puente pletórica de tiendas y paseantes, son algunos de los grabados en blanco y negro de un tiempo ya perdido. Cuidadosamente enmarcados y con un cristal protector fueron un regalo de mi hermano en una noche del mes de agosto. Cuando los miro, retorno a mi dulce niñez y juventud, aunque no soy lo suficiente mayor para haber vivido aquellos tiempos, me hace recordar mi ciudad, donde viví hasta los treinta y tantos años.

Sin embargo, desde unas semanas para acá, algo muy extraño y, a la vez, atractivo y sorprendente sucede casi todas las noches. Lo cual, me obliga a que esté mirando desesperadamente el reloj desde media tarde. No obstante, intento, con enorme esfuerzo, mantener los horarios. Sin embargo, estoy deseando acostarme. Nadie me lo impide, es cierto, pues vivo sola, como como la mayoría de la gente de mi edad.

Sucedió la primera vez, una noche fría de invierno, en la que me sentía triste y sola. El viento se colaba por las rendijas de las ventanas; llovía estrepitosamente dando contra las persianas que hacían un ruido estremecedor. En la tele no había gran cosa que ver, así que decidí meterme pronto en la cama; aunque era una hora muy intempestiva para mí, pues me gusta quedarme dormitando en el sofá hasta las madrugadas. Lógicamente no tenía mucho sueño, pero sentía una necesidad vital de meterme entre las sábanas calientes y arroparme como un niño pequeño. Acurrucada, en postura fetal, con la luz apagada, pensaba en todo lo que había tenido en la vida: marido, hijos, amores, trabajos, todo eso que ya sonaba a pasado y que añoraba con pesada melancolía, sobre todo en los atardeceres muy lluviosos.

Una tristeza profunda se iba apoderando dentro de mí. Eran largos ratos, en los que sentía una opresión grande, cada vez más grande en el pecho. Mis recuerdos se volvían de un negro profundo y, tan sólo, podía respirar entrecortadamente. Pasado un rato, largo y, muy, muy angustioso, volvía

la calma, un tanto tensa, siempre acompañada de melancolía. Al final, lo resolvía con llorar amargamente. Al tiempo que mi angustia se iba disolviendo a medida que el hipo se calmaba. Además, terminaba llegando al mismo final: abrazar la otra almohada vacía y, dormirme lentamente, acompañada de un roto silencio.

Pero hace un tiempo que la cosa es diferente. Desde la cama miro afanosamente la pared azul, intentando entrever alguna señal que me hiciera imaginar vida en los viejos grabados; así me entretengo imaginando anécdotas y esperando que me entre sueño. Y fue en ese mismo momento, cuando algo fantástico ocurrió. De la pared surgió una especie de agujero cuadrado, que se iba agrandando muy lentamente, transformándose en una puerta, de la cual asomaba, cada vez con más fuerza, una amarillenta luz.

Contra lo que se pudiera imaginar, realmente no sentía miedo, más bien curiosidad y sorpresa. Permanecí en silencio, observando con mucha atención. No había ruidos, ni movimiento alguno. La luz resplandecía con más fuerza. Después, al cabo de un buen rato, la puerta se cerró y la luz dejó de proyectarse en la pared azul; yo me quedé plácidamente dormida. Recuerdo que soñé cosas bonitas y que oía risas muy alegres a lo lejos, aunque no distinguía con claridad a quien pertenecían aquellas siluetas y las caritas estaban muy difusas.

A la mañana siguiente, bien entrado el día, bajé trabajosamente de la cama y me apresuré a tocar aquella pared azul, salteada de emotivos cuadros. Nada, ni el mínimo rayón; la pared aparecía pintada del color de siempre; los cuadros se mantenían inalterables en su sitio. No había señal alguna de lo extraordinario acontecido la noche anterior.

-¿Lo soñé?- me preguntaba, intentando escudriñar mi mente. Pero estaba segura que lo había visto.

A la noche siguiente, todavía me acosté más temprano. Esperaba con enorme ansiedad que la luz de la pared apareciera de nuevo. Era una necesidad vital, sin precedentes, que acaparaba mis pensamientos desde primera hora de la mañana. Pasado un largo tiempo y, a punto de

dormirme, algo me alertó. No sentía dolor en mis viejas piernas; ni la artrosis atormentaba mis retorcidos dedos. Sin embargo algo ocurría.

La pared azul, frente a mi cama, se iluminaba de nuevo y una puerta de madera de roble claro, se abría lentamente. Yo me senté en la cama, sin atreverme a mover, por miedo a que se apagara aquella luz amarillenta que me producía un confortable placer. Y así estuve observando y pensando qué había tras la puerta. Aquella noche no lloré y una especie de tranquilidad y sosiego me invadió al instante. Más tarde, plácidamente me quedé dormida. Y volví a soñar con voces alegres y risas lejanas y siluetas perdidas en la bruma del recuerdo.

Sin embargo, para desconsuelo mío, el acontecimiento no sucedía todas las noches; pero sí a menudo, quizá cuando más triste estaba. Era tal el deseo de volver a ver la puerta iluminada, que dejé de ver la televisión por la noche. Se transformó en mi obsesión. Me acostaba animada y contenta, incluso alguna palabra salía de mi garganta, en un intento de animar a mostrarse la puerta sobre la azulada pared.

-¿Estás ahí?,- gritaba mirando tercamente al frente.- ¡Estoy en la cama. Muéstrate, por favor!

Y pasaron muchos días y muchas ansiosas noches; estaba segura que si lo contaba a mis hijos, se reirían y cariñosamente dirían: “son cosas de mamá, que ya chochea un poco”. Sin embargo, en alguna ocasión lo narraba en forma de cuento a mis nietos pequeños; les parecía fascinante y novelesco. A mis amigas obviamente tampoco me atrevía a contarlo. ¡Era tan surrealista! A medida que pasaban los días yo acortaba las horas para volver a la cama. Estaba decidida a resolver el misterio de la puerta en la pared azul.

Ya no me intranquilizaba la noche. Sí me impacientaba el día; sobre todo cuando venían mis hijos – los pobres- con los niños y se quedaban la tarde entera para hacerme compañía. Aunque jugaba con los más pequeños, con frecuencia miraba de reojo el reloj blanco Svaroski que antaño me había regalado una de mis hijas. Al atardecer, cuando se marchaban, rápidamente cerraba con llave, corría el cerrojo y me iba a la velocidad

que me permitían mis varicosas piernas a la cocina para cenar y tomarme la retahíla de medicamentos, aconsejados por mi médico de cabecera.

-¡Ya voy, espérame. No tardo ni dos minutos!- Decía a la invisible puerta, mientras me comía a trompicones algo de fruta y el yogur.

Nada ni nadie se entrometía en mis pensamientos. Mi obsesión era la puerta iluminada que de noche se abría en la pared azul de mi dormitorio. Una vez decidí esperar el acontecimiento sentada en el borde de la cama. Estaba dispuesta a tocar la puerta e, incluso, asomarme y mirar en el interior. Necesitaba saber si era imaginaciones mías en la oscuridad de mis noches de insomnio, o, al contrario, un inusual acontecimiento que solamente lo relataban los cuentos extraordinarios de hadas y príncipes azules.

Ya muy entrada la noche y, a punto de cerrar los ojos, vencida por el cansancio, cuando de repente, otra vez se iluminó la pared y la puerta, entreabierta, me invitaba a asomarme. Lentamente y procurando hacer el mínimo ruido, me fui acercando. Con un dedo toqué la jamba iluminada. Era una madera suave como la seda, de roble claro. Tres grandes cuarterones dividían la puerta de arriba abajo. Un pomo brillante y negro se entroncaba en la mitad. La luz amarilla se difuminaba a medida que me iba acercando, produciendo una neblina. Se respiraba una atmósfera tranquila. Y, mi corazón no palpitaba deprisa; una suave brisa de paz surcaba mi cara.

Me volví a la cama contenta; miré, de nuevo, la luz y, apenas un minuto más tarde, me dormí con la tenue luz todavía inundando el cuarto. Desde que este acontecimiento aparece en mis noches, me siento más tranquila, es mi gran secreto; hace ya bastante tiempo que no tengo ganas de llorar. Han desaparecido los miedos y los temores. Es una nueva paz desconocida para mí. Más bien esa luz me da una alegría inmensa, me hace reír, mientras me acurruco entre las sábanas; es como si volviera a estar acompañada. Me acostumbro a ella, es mi nueva amiga nocturna. Miro ansiosamente la azulada pared y me pregunto con mucha frecuencia qué quiere decir esa puerta entreabierta. Exploro mi anciana mente y no

encuentro solución a esa incógnita que sucede cada vez más a menudo, en medio de la noche.

Hoy, de nuevo, han venido mis hijos a comer. Sentados alrededor de la mesa, me cuentan sus historias cotidianas; sus andanzas y las penurias en los trabajos; mientras, los niños revolotean por la alfombra. Juegan y cantan. Sonríen y lloran a la vez. Miro con desesperación el viejo reloj de la pared. Es tarde. ¡Uf! ¡Por fin se van!. Antes, me despido de ellos, uno a uno, como si me fuera a un largo viaje. Acaricio sus queridas caras y les beso, en la mejilla, diciéndoles lo mucho que les quiero.

-Mamá- dice mi hija mayor-. ¿Por qué nos das un beso? Tú no eres besucona. Parece que nos dices un adiós para siempre. ¿Qué estas tramando?. Esta tarde estás particularmente contenta.

Con sonrisa picarona los miro, son mis queridos hijos. Todos están bien. Tienen trabajo y la vida les sonríe junto con sus respectivas parejas. Mis nietos, algunos ya muy mayores, hacen la felicidad de toda la familia. Prudentemente callo. Salgo al rellano de la escalera acompañándoles al ascensor y les tiro alegremente un par de besos con la mano.

¡Adiós, adiós, hijos míos!-palmoteo con entusiasmo.

Cierro la puerta. Corro el cerrojo. Mis pies avanzan apresuradamente por el alfombrado pasillo. Esta vez ni ceno. Me desnudo y dejo cuidadosamente doblada la ropa en la butaca. Es la primera vez que lo hago con tanto esmero. Sentada en la oscuridad de la habitación, espero anhelante. Hoy es la gran noche. Estoy decidida y no hay marcha atrás.

Firmado: SOTILEZA

Pamplona, 29 noviembre 2012